

¿En dónde nos perdimos?

Alfredo Acle Tomasini©

Hace tiempo que las piezas de nuestra realidad no cuadran, como si se tratara de un rompecabezas imposible de formar o, peor aún, como si de repente descubriéramos que éstas pertenecen a figuras distintas que no tienen nada en común. Nos preguntamos si esto también refleja la forma como se ha fragmentado la sociedad mexicana en múltiples núcleos donde cada uno busca proteger sus intereses, mientras que a nivel nacional resalta la carencia de objetivos compartidos de cuya búsqueda se desprenda una identidad colectiva al sumar esfuerzos en aras del beneficio común.

Cuando una sociedad pierde su capacidad de cohesión no sólo merma sus posibilidades de progreso, sino, lo que es peor, aumenta el riesgo de que retroceda, porque en lugar de que sus miembros logren integrarse en la búsqueda de un propósito compartido y creen una sinergia positiva es factible que ocurra lo contrario, porque al no sentir y ver que el esfuerzo común da como resultado un beneficio tangible, entonces optarán por la protección de sus intereses más básicos y se aislarán del resto.

Cuánto tiempo llevamos festinando que las cifras macroeconómicas se encuentran bajo control; inflación, tipo de cambio, el déficit en cuenta corriente y el déficit fiscal están dentro de rangos razonables que posiblemente muchos países envidiarían.

Las instituciones financieras internacionales no pierden la oportunidad para reconocer nuestro buen comportamiento, mientras que los mercados -ese eufemismo tan socorrido para denominar a los especuladores profesionales- nos tratan con respeto porque no huelen ni ven sangre que les sirva para lucrar. Para eso, por lo pronto, están griegos, portugueses, españoles e irlandeses.

Pero hay algo en las cifras macro que no checa, porque ese equilibrio tan pregonado como una condición necesaria para crecer, como utilizado a manera de excusa para cobrarle al ciudadano más impuestos y proporcionarle servicios públicos de menor calidad al restringir el gasto público, no se ha traducido en un crecimiento sensible de la economía en términos per cápita. Por el contrario, éste ha sido magro, mientras que nuestros problemas sociales crecen y se ramifican, al punto que empiezan a afectar sectores económicos y ciudades específicas.

Cuánto tiempo llevamos presenciando cómo el crimen organizado en sus distintas expresiones y escalas alcanza nuevos hitos, lo cual abate en cada golpe nuestra capacidad de asombro y, lo que es peor, ha transformado la indignación que antes se manifestaba con protestas públicas en un silencio que exhibe a una población frustrada y resignada.

Basta recordar las megamarchas que ha habido en la ciudad de México en contra de la inseguridad: 29 de noviembre de 1997, 27 de junio de 2004 y 30 de agosto de 2008, las que ante la gravedad de la situación presente lucen como esfuerzos fallidos, sino es que como intentos ingenuos de una sociedad que suponía que las concentraciones multitudinarias avergonzarían a quienes efímeramente ostentan el poder público y los harían actuar sino es que renunciar.

¿Por qué la estabilidad macroeconómica no ha propiciado que también exista la estabilidad macrosocial? ¿No es este divorcio una evidencia palpable de que las cosas no están funcionando y

que deberíamos revisar desde un principio la estrategia económica y social que hemos seguido hasta ahora? Más aún, porque no podemos aceptar que los narcos, los ni-nis, los sin trabajo y sin pensión -viejos para emplearse, jóvenes para pensionarse- y las mafias de distinta envergadura que cual empresas han segmentado el mercado para especializarse en la extorsión, el secuestro, la venta de mercancía robada y el asalto, sean producto de una generación espontánea ocurrida en un vacío.

Pero la obiedad no se traduce en acciones, y menos aún genera un sentido de urgencia, porque en nuestra sociedad fragmentada los intereses particulares priman sobre los colectivos.

Qué puede importar que las cosas no estén funcionando cuando ya viene la grande. El 2012 es la prioridad de la clase política, no las minucias que deterioran la calidad de vida de los mexicanos, porque la carrera presidencial implica el reparto del gran pastel y la posibilidad de colgarse de lianas más rentables en lo político y lo presupuestal.

¡Ay, si los políticos aplicaran en las funciones que desempeñan el mismo horizonte con que planean sus carreras personales estaríamos llenos de ambiciosos planes a largo plazo!

No es difícil deducir que si no queremos entender nuestro presente resulta utópico planear un porvenir. Cuando la realidad se evade, el rumbo está perdido. Que cada quien se arregle como pueda. La fragmentación como alternativa y no la cohesión que nos haga ser más que la suma de todos.

alfredo@acletomasini.com.mx